

El acto analítico. Consecuencias de su existencia

Perla Wasserman

Partiendo del título de las jornadas, *El acto analítico, consecuencias de su existencia*, y pensando en que son las consecuencias del acto analítico las que hacen escuela, se me ocurrió el siguiente planteo: ¿cómo se inscribe en la Escuela lo que la repetición permite leer del acto?

La repetición, en el análisis, no es mera reiteración de lo mismo. Como plantea Lacan en el Seminario 11 (24 de junio de 1964), la repetición deja ver la falla del significante, el tropiezo en el lugar donde se espera que haya un saber. Se articula sobre lo idéntico y lo diferente: lo idéntico asegura una continuidad significativa, mientras que lo diferente introduce el tiempo, el “otra vez”, y evidencia lo perdido. Esa falla no clausura, sino que deja su marca, la cual encuentra su razón suficiente en la transferencia. Es esta falla la que nos permite preguntarnos: ¿qué nos muestra la repetición sobre la estructura del sujeto y su relación con el acto?

El acto analítico queda enmarcado en lo que Lacan denomina en la proposición como principio y final de la partida. En el principio, con la regla fundamental planteada por el analista, se invita a quien llega a un análisis a decir lo que se le ocurra: no lo que piensa, tampoco lo que quiere. Esto lo lleva a una situación que Lacan ubica como paradójica en varios sentidos: por un lado, porque se invierte la demanda —el que pide es el analista— ; por otro, porque abre un campo que permite interrogar el modo de funcionamiento de quien busca saber. El “diga lo que se le ocurra” pone en juego el no pienso. Y ¿qué nos revela este no pienso? La alienación de la que parte el sujeto, quien desconoce su propia alienación y se lanza al lenguaje y al mundo, exponiéndose a lo que su estructura determina. Es esto lo que tiene de traumático y paradójico el “diga lo que se le ocurra”: el acto analítico, entonces, hace de lo repetido una marca de lo imposible, que será leída a posteriori (après-coup).

Pero esta repetición no se despliega en el vacío: es la presencia del analista la que hace posible la repetición en transferencia, siendo el analista testigo de lo que es imposible de saber. Lo que aparece bajo la forma de demanda no es tanto un pedido de satisfacción, sino una interrogación por el deseo: “¿qué quiero yo de todo esto?” En ese movimiento, la transferencia se sostiene en la suposición de un saber en el analista (el SsS), y al mismo tiempo conduce al sujeto a encontrarse con su división. Lacan describe este recorrido así: “el recorrido de la transferencia oscila entre el Ideal, donde el sujeto se ve a sí mismo amable, y el punto donde el sujeto se ve causado por la falta, a través del objeto a que vela esa hiancia inaugural del sujeto”.

Allí donde el saber falla, donde la representación no alcanza, se hace presente lo que divide al sujeto y donde se despliega el objeto a, causa de deseo que determina al sujeto, remitiéndolo a su propia castración. En otras palabras, el acto analítico pone en juego la división que atraviesa el sujeto y la presencia de aquello que lo causa como deseo.

JORNADAS PRIMAVERA 2025: “El acto psicoanalítico. Consecuencias de su existencia”

El deseo del analista se sostiene en esta división. Su saber no asegura la verdad del sujeto, sino que se mantiene en el lugar de la falta; es a partir de esa posición que el objeto a adquiere su función: causa de deseo, marca de la división. El analista sabe que ocupa el lugar de semblante de objeto porque pasó por esa experiencia, y es precisamente ese saber —no absoluto, pero estructuralmente situado— el que le permite sostener el acto analítico.

Entonces, ¿cómo se inscribe en la escuela lo que la repetición permite leer del acto?

Nada indica que el Otro, ese lugar único donde el saber se reuniría, sea el UNO. Como dice Lacan en *Las paradojas del acto analítico*: “Uno de los problemas de nuestra época, de la coyuntura presente en el psicoanálisis, es que es seguro que no existe el SsS”. Esta caída del SsS nos confronta con una pregunta decisiva: ¿de dónde se autoriza entonces el analista? Es ahí donde Lacan introduce la fórmula que subvierte cualquier jerarquía: el analista no se autoriza más que de él mismo y con otros. No se trata de un ‘sí mismo’ en clave individualista, sino de ese ‘él mismo’ que es ya un otro para sí, lo que Lacan llama el *lui-même*. Es desde esa tercera posición —el mismo como otro para sí— que se sostiene el acto analítico y se permite colectivizar su experiencia, haciendo escuela.

Ahora bien, en cuanto a la Escuela, lo que la constituye no es un saber acabado ni una garantía de resultados, sino el h(a)cer que el acto analítico pone en juego. Este h(a)cer permite colectivizar la experiencia del análisis. Este hacer conviene escribirlo como nos lo transmitió Norberto Ferreyra, con la a entre paréntesis, paréntesis que nos indica la presencia del objeto a, testimonio de una falta que permite que ese hacer tenga consecuencias en el discurso del psicoanálisis.

En esta dirección, siguiendo esta orientación, nuestros estatutos nos confrontan con lo que hace síntoma en la Escuela, síntoma que a Lacan le valió la excomunión en la IPA: el par Institución/Escuela. Cuando este par se interroga, lo que se subvierte es el lugar de las jerarquías, abriendo la posibilidad de pensar otra forma de lazo colectivo. Así lo muestra, por ejemplo, el artículo 10 de los Estatutos de la Escuela Freudiana de la Argentina (1991), bajo el título Comisión de Garantía. Allí se define como función: constituir el ambiente de experiencia y crítica que establezca y sostenga las mejores condiciones de garantía; garantizar el mejor funcionamiento del dispositivo del pase; designar AME; realizar el trabajo periódico con el conjunto de los AME; reunirse con los pasadores antes y después de la experiencia y confeccionar un informe para el conjunto de los miembros. Este texto hace estricta referencia a resguardar lo insabido, lo imposible de atrapar en un saber Uno.

Si el acto testimonia la caída del SsS, en la Escuela se hace presente la falta de garantías de un UNO del saber. Hacer escuela no consiste en sistematizar un saber: se trata de aprehender la experiencia del acto y de mantener abierta la hiancia que el acto analítico produce, en articulación con lo que Lacan llama *lui-même*.

Lo que circula es un no todo saber, es decir, la verdad del sujeto atravesado por la división y marcado por la causa de deseo. Es esa experiencia, y no un saber acabado, la que permite que el acto analítico se haga presente y reconocible en la Escuela.